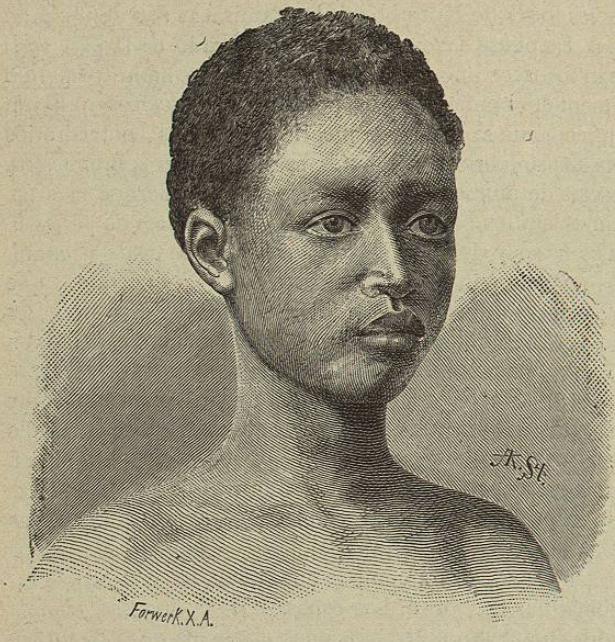


vilización superior ha empezado á perder allí precisamente su fuerza animadora con detrimento de la energía y de la moral de muchas clases de la sociedad, y aun cuando el país ha entrado en un evidente período de retroceso, Bornú sigue siendo una «región llena de encantos habitada



Un negro (mestizo?) de Baghirmi (De una fotografía).

por un pueblo estimable en la cual predominan la variedad y plenitud de vida, así en la naturaleza como en la esfera de la actividad humana.» Nachtigal hablando de la región central del país, dice: «El viajero que desde la capital se dirige al Oeste ó al Sud encuentra en todos los caminos mercaderes y comerciantes que vienen de ó van á aquella ciudad; en las cercanías de las aldeas llaman su atención los rebaños que pacen ó los hombres que labran sus campos, y en el interior de las poblaciones convéncese á cada paso de cuán extendida está y de cuán productiva resulta una industria doméstica inteligente.» La agricultura, la ganadería y el comercio son explotados por igual y en punto á alimentación consúmese á menudo el sorgo y la leche. La verdadera división del trabajo no ha avanzado mucho demostrando la mayor parte de la población igual habilidad para todas las labores agrícolas. De arriba abajo déjanse sentir las influencias que se esfuerzan por vigorizar los fundamentos morales del trabajo y de la prosperidad. Todo el mundo está allí convencido de los deberes que impone una civilización superior; así el rey de los wadaís cuando sabe que alguien bebe cerveza por costumbre manda prenderle y azotarle y hace saquear la casa en donde tal bebida se fabrica. Este desarrollo alcanza su grado máximo entre el Níger y el lago Tsad, en donde el reino de Sokoto nos presenta un cuadro de gran florecimiento económico. Esta vida, esta actividad tan impropia de los africanos encantaron á Massari, quien escribe que en cuanto se penetra en el territorio de Kano, cuyo jefe es el sultán de Sokoto, quédase uno admirado del aumento creciente de población y de cultura. Las plantaciones se tocan unas con otras y cada una de ellas está rodeada de un seto vivo: aquí y allí se ven algunos huertos cerrados en donde se cultivan el índigo, el tabaco, las cebollas, las patatas y camuesas. Al rededor de las casas pacen caballos, bueyes y cabras y en todas partes se ve multitud de gallinas comunes y de Faraón de todos colores. Por los caminos se nota

un continuo ir y venir de gente que con sus mercancías se encaminan á tal ó cual mercado; y de cuando en cuando se encuentran algunas mujeres sentadas que ofrecen al caminante comestibles y agua. ¿En qué país de la tierra — termina diciendo el citado autor — se encontraría en los caminos y por el módico precio de dos moluscos todo lo que se necesita para vivir?

Comparando esta cultura con la incultura de los pueblos negros idólatras del Sudán se comprende que el islamismo ha traído á estos países algo más que una nueva forma religiosa. Quizás los representantes ó portadores de esta religión han sido más importantes que la religión misma; sea lo que fuere, la cultura material que trajeron ha ejercido gran influencia. La historia de los distintos territorios sudaneses demuestra claramente que lo más trascendental de todo han sido las nuevas formaciones políticas que en magnitud y duración exceden en tan alto grado de la medida general en el interior del Africa.

### CAPITULO XIII.

#### BORNÚ (I), BAGHIRMI Y LOS ISLEÑOS DEL LAGO TSAD.

«Estoy convencido de que el nombre de *Bornú* sonará de muy distinta manera en el oído de los lectores cuando vean hasta qué punto este país está en conexión histórica con otros territorios desarrollados y cuán importante papel representó en otro tiempo.»

ENRIQUE BARTH.

Fronteras é historia del país. — La población. — El elemento kanuri, su origen y propagación. — Las tribus indígenas. — Los árabes. — Mezclas y estratificaciones. — Tribus fronterizas y emigrantes. — Los fellatas ó fulbes. — Densidad de la población. — Ciudades. — Sistema de edificación. — Kuka. — Gobierno y administración. — Transición del sistema aristocrático al despótico. — Situación del jeque y de su familia. — Influencia de los esclavos y de los eunuocos. — El consejo. — Funcionarios de la corte y del Estado más importantes. — Rentas del Estado. — Preeminencia del elemento militar. — Situación política de Bornú. — Fuerzas militares. — Su estabilidad y decadencia. — Descripción que de una expedición militar hace E. Barth. — Agricultura. — Fertilidad del suelo. — Industria. — El mercado. — La capital Kuka. — Emplazamiento. — Vida callejera. — Tipos populares. — Casas y chozas. — Vida y costumbres del pueblo. — Usos árabes injertados. — Restos de costumbres kanuris en punto á traje y sistema de vida. — Restos de aborígenes. — Países vecinos de Bornú: Kanem, Logón. — Los isleños del lago Tsad. — Baghirmi, país del Xari central. — Historia de Baghirmi. — La población. — Carácter mestizo. — Procedencia oriental de los fundadores del Estado. — Pueblos indígenas. — Elementos extranjeros: árabes, kanuris, fulbes, bulalas. — Particularidades de Baghirmi en comparación con los Estados sudaneses más antiguos.

Tratándose de la descripción de un reino que como el de Bornú conocemos desde hace algunas décadas como una de las unidades políticas de Africa menos fijas y determinadas con la cual hemos de contar como un gran factor en el desarrollo político del Sudán, ya se comprenderá que la primera cuestión que á nuestra consideración ha de presentarse es la de las fronteras. No conocemos ningún país de importancia política que no posea límites muy marcados y la noción «reino» está, en nuestro sentir, principalmente determinada por la idea de una circunscripción fija. Bornú no puede actualmente ser deslindado con fijeza y

(1) El nombre *Bornú*, de origen desconocido, sólo sirvió en otro tiempo para designar, al parecer, una parte de Kanem. Los indígenas, empero, no dudan de que se llama *Barr Noah* (país de Noé) y reconocen en una insignificante peña de la orilla meridional del lago Tsad el sitio en donde Noé dejó su arca.

su nivel actual de cultura se caracteriza entre otras cosas por la falta de límites políticos marcados. Una de las cosas más características é importantes para la situación de Bornú es que abarca una gran parte del lago Tsad, el cual junto con el Xari constituyen los límites naturales al Este, al paso que al Norte, en las estepas fronterizas, el Sahara se toca con los territorios sud orientales del país de los tuaregs. Sus límites occidentales son bastante fijos puesto que están formados por los países haussas que, en cierto modo, están bastante marcadamente circunscritos desde el punto de vista político; en cambio más hacia el Sud, es decir, en donde está en contacto con los territorios de Bedde, Ngizzen, etc., las fronteras vuelven á aparecérsenos inseguras, especialmente allí donde han de marcar la separación entre el reino y las tribus negras sojuzgadas á medias unas, del todo otras, éstas de una manera duradera y temporalmente aquéllas. En este país no hay más fronteras relativamente fijas que las naturales, el Tsad y el Xari; en cambio la circunscripción alcanza el máximo de inseguridad cuando llega á los nómadas del Norte y á los negros del Sud cuyo género de vida no respeta límites.

La historia aumenta la incertidumbre de las fronteras del reino de Bornú, que algunas veces ha conseguido una extensión extraordinaria para luego disminuir de nuevo y que probablemente debe en gran parte su duración al apoyo que encuentra en los únicos trozos naturales citados de sus extensas fronteras. Por lo que toca á esta historia posee la literatura alemana de Africa dos excelentes descripciones en las obras «Viajeros y descubrimientos» de Barth y «El Sahara y el Sudán» de Nachtigal: Barth utilizó en clase de manuscritos el «árido y estéril» extracto de una crónica de Bornú desde Mahoma hasta Ibrahim, dos concisas listas de reyes bornuanos, una descripción detallada de la administración y hechos de guerra del rey Edriss Alasma durante los doce primeros años de su reinado, varias memorias acerca de embajadas bornuanas enviadas á Trípoli y finalmente los datos consignados por los viajeros árabes Ibn Saidn, Ibn Batuta, Ibn Chaldún, Makrisi y León Africano. Ni á Barth ni á Nachtigal les fué permitido ver la obra magna de la cual es un extracto el manuscrito citado y que debe ser indudablemente la fuente más importante para la historia de Bornú. Esta suspicaz detentación de las noticias históricas arroja cierta luz sobre las causas de la supuesta carencia de historia entre los pueblos semi-bárbaros ó bárbaros del todo, no menos que el otro dato suministrado por Barth de que la nueva dinastía de los Kanemim procuró borrar la memoria de las antiguas dinastías kanuris de los Ssaefnas y de los Dugúas y destruyó cuantos documentos á ella hacían referencia. Afortunadamente tiénesse por lo menos un dato de Ismán Ahmed que indica que antes de mediados del siglo décimosexto no existía ninguna noticia escrita acerca de la historia de Bornú. De aquí que sólo por un determinado tiempo anterior á este período pueden aceptarse con alguna seguridad las series de reyes ó árboles genealógicos que la tradición ha conservado y transmitido y que, procedentes de listas independientes unas de otras, coinciden bastante bien entre sí, debiendo acudir para los períodos anteriores á algunas tradiciones vagas y á las relaciones antropológicas de las respectivas regiones. Nachtigal no ha hecho más que añadir una nueva lista de regentes de Bornú á los materiales encontrados por Barth.

La fundación de la más antigua dinastía de Bornú, la de los Ssaefnas, y la creación del reino de Kanem, el reino padre de Bornú, pueden fijarse aproximadamente en el año 900 antes de Jesucristo, siendo, empero, posible que

aquella familia hubiese antes no sólo habitado sino también ejercido cierta soberanía en Borkú, el país de los berdoas. Barth habla de una corta lista de reyes bornuanos que obra en su poder y en la cual constan varios nombres antes del de Ssaef, padre de la dinastía, que está envuelto en los misterios del mito. El tono de estos nombres es el tono del idioma kanuri, excepción hecha de uno que corresponde á la lengua haussa. Dejando á un lado la difícil cuestión del tiempo en que se fundaron los primitivos Estados, veamos el origen de los primeros fundadores de la monarquía de Kanem, de la que más tarde salió Bornú: en primer término encontramos un dato concreto de León Africano según el cual los reyes bornuanos descienden de la tribu libia de los bardoas, observación robustecida por una larga serie de noticias más antiguas. En la crónica utilizada por Barth existe un dato del cual se desprende que antes del rey Sselma, que reinó allá por el año 581 de la Egipta y que fué el primer rey negro, todos los monarcas tenían la piel de color rojo como los árabes. Ibn Batuta refiere que estos reyes se cubrían el rostro con un pañuelo y no enseñaban nunca la boca, conocida costumbre de los tibbús que Makrisi consigna como propia de toda la tribu. La costumbre de levantar en un escudo al rey nuevamente elegido y mostrarlo de esta suerte al pueblo y la constitución aristocrática del reino que hasta hace pocas décadas se ha conservado y en virtud de la cual el rey no podía emprender ningún negocio de importancia sin el consentimiento del Consejo de doce caudillos ó nobles, acusan también ciertas reminiscencias berberiscas, como asimismo la costumbre de llamar al rey y á otras personas por el nombre de su madre y sobre todo de conceder la mayor importancia al apellido materno. Así por ejemplo, el famoso rey Dunama ben Sselma de Bornú es generalmente conocido sólo por el nombre de «Dibbalamí», del de su madre Dibbala, siendo su título completo Dibbalamí Dunama Sselmamí. El nombre de la madre, como el más noble é importante, precede á su nombre nativo detrás del cual sigue el del padre. Pero lo que más positivamente demuestra la comunidad de origen de los fundadores de Estados en la orilla septentrional y occidental del lago Tsad y de las tribus del desierto que habitan al Norte de ellos es el idioma del cual nos ocuparemos más adelante.

La ilación total de la historia de Bornú es la siguiente: después de un origen no completamente oscuro en los países meridionales de Sahara, Berdoa, Borkú y otras residencias de la tribu tuda de los tibbús, viene el establecimiento en Kanem y, según expresión de Barth, «el crecimiento silencioso é imperceptible del poder en Kanem con la capital Ndjimie (Ndchimi).» La figura que luego se destaca, la de Sef, hijo del rey himyarita Du-Jasan, por virtud de quien la anterior dinastía tomó el nombre de dinastía de los Sefiyas, puede ser considerada como recuerdo de la participación en la fundación del reino de Kanem de cualquier otro grupo árabe derrotado, pero se apoya solamente en la tradición que en este caso no resulta inverosímil. Una sencilla emigración de una tribu árabe tibbú no explica la traslación de una masa importante de población desde el desierto á las orillas del Tsad, sino que es muy probable que esa emigración pueda haber durado siglos. Barth admite que á fines del siglo diez después de Jesucristo se fundó en el territorio de Kanem una soberanía ordenada. La circunstancia de que el primer hecho demostrativo de la propagación de la misma aparezca en la dirección de los oasis tibbús demuestra que subsistía aún entonces una conexión entre los emigrados y sus primitivas residencias. Viene luego, á principios del siglo doce, el primer rasgo



histórico importante bajo el impulso del islamismo, á saber la aparición de Dibbalamí Dunama, el segundo musulmán de esta serie de reyes, la extensión del joven y enérgico poderío de este reino por Fessán y la propagación de su influencia hasta Egipto. El islamismo fué aceptado de un modo intensivo. Dunama hizo tres veces la peregrinación y su sucesor se distinguió como hombre de ciencia. Acerca de la existencia y del poderío de Dunama no cabe abrigar duda alguna pues los historiadores árabes le describen como amigo y aliado del soberano de Túnez á quien en el año 655 de la Egira envió una embajada con ricos presentes. Su fama era tal que de su reino se dice que llegaba desde el Niloal Níger. Pero inmediatamente después de su muerte surgieron guerras con enemigos del interior y del exterior que duraron dos siglos y ocasionaron una decadencia profunda cuyas consecuencias más notables fueron la expulsión de los soberanos de Kanem, es decir, de la orilla septentrional del lago, por los bulalas que dominaban en el lago Fitri, y la fundación de un nuevo reino en la orilla occidental del lago Tsad, en el actual Bornú. También se luchó durante largo tiempo con las tribus indígenas de los sos, que en la memoria de los bornuanos viven como gigantes. A fines del siglo décimoquinto tomó Bornú nuevo vuelo bajo el gobierno del vencedor Ali Ben Dunama, príncipe que, según parece, atravesó el Kwora y cuyo sucesor reconquistó la antigua residencia de Kanem, Nǎjidmi, y sojuzgó á los bulalas. En tiempo de sus sucesores, es decir, en el segundo cuarto del siglo décimosexto, establecieron probablemente en Bornú como pastores de bueyes los primeros fulbes. Durante el reinado de uno de los más famosos regentes de este país, Ben Idris Ansamí, volvió el reino de Bornú á su apogeo (segunda mitad del siglo décimosexto); pero durante los dos siglos décimoséptimo y décimoctavo se observa una nueva decadencia que parecía conducir el reino á una ruina completa cuando surgió un salvador y con él el fundador de una nueva dinastía. Los enigmáticos fulbes ó fellatas, después de haber sojuzgado á los Estados haussas, invadieron el Bornú occidental y en 1808 avanzaron hasta la capital Birni que conquistaron. El sabio y piadoso soberano que entonces gobernaba allí apenas tuvo tiempo para huir dejando á su reino en peligro de caer en manos de estos puritanos del Níger; pero entonces apareció un salvador de sangre árabe y descendiente de una familia de sacerdotes: tal fué el fakir Mahomed el Amin el Kanemi que agrupó en torno suyo á sus compatriotas de Kanem y contuvo al enemigo, por lo menos en el Bornú oriental, habiendo conseguido después de muchos años de lucha, expulsar definitivamente á los fulbes y vistose casi obligado, ya que la monarquía por cuya soberanía luchaba se mostraba en extremo débil, á empuñar las riendas del gobierno, bien que subsistiendo la antigua dinastía con el título de sultán. Para distinguir también exteriormente el nuevo estado de cosas, fundó una nueva residencia, la actual Kuka, en el sitio que ocupaba Ngornu. El resto de su vida lo pasó casi enteramente luchando contra las potencias vecinas, Baghirmi, Wadai y los fulbes, que habían crecido hasta el punto de ser peligrosos rivales de su reino. En 1835 murió el jeque: su hijo, el justo y bondadoso Omar, que le sucedió y que fué el amigo de cuantos viajeros, desde Barth, visitaron á Kuka, demostrando una bondad y una equidad que han sido mal interpretadas, dejó al descendiente de la anterior dinastía el título de sultán y una sombra de la antigua dignidad heredada. Esto no le evitó tener que sofocar de una manera sangrienta las conjuraciones que la dinastía nuevamente ambiciosa ó mejor dicho excitada tramara con los

enemigos extranjeros, especialmente con Wadai: la rebelión de su propio hermano fué en cierto modo debida al contagio de esta indisciplina. Derrotado éste, pudo por fin el jeque Omar disfrutar de un gobierno pacífico y tranquilo, único que podía armonizar con su modo de ser y cuyo solo peligro consiste en que el exceso de adulaciones cortesanas y el debilitamiento del espíritu militar del pueblo bornuano puedan conducir á un estancamiento análogo al que precedió á la aparición de El Kanemi. «Sin embargo — dice con razón Nachtigal — un país cuyos recursos son tan poco explotados y cuya natural riqueza y situación geográfica constituyen la mejor garantía contra una ruina completa, sigue siendo virgen á pesar de su larga historia. Si la suerte hacía surgir en él un segundo Mahomed el Amin el Kanemi y si se lograra hacer entrar algo más en el comercio universal á este país tan productivo y multiplicar las fuentes de salida para sus productos (quizás utilizando el Benúe para el comercio europeo) estaría asegurado un papel importante entre los Estados sudaneses.»

Por lo dicho se comprende cuán mezclada ha de ser la población de Bornú, pudiendo por lo mismo calificarse de quimérica la esperanza de volver á encontrar separados á los pueblos que procedentes del Norte, del Oeste y del Este se acomodaron en las riberas del lago Tsad. Los mismos kanuris con ser la parte dominante del pueblo bornuano no son una tribu clara y concretamente circunscrita desde el punto de vista etnográfico (1). El nombre de kanuris es una denominación genérica de los primeros grupos que forman la nación: «Si tratamos de investigar las subdivisiones de los kanuris, nos quedamos de momento perplejos y confusos al encontrarnos con nombres que designan indudablemente fracciones de los kanembus, de los tubús y de otros. Hay ciertamente un pueblo mestizo kanuri, pero no una tribu originaria de este nombre. Una nación kanuri unitaria sólo pudo ó puede formarse gradualmente con la fusión fundamental de los elementos constitutivos, con una historia común y con un estrecho lazo político» (Nachtigal). Hoy puede señalarse ya á los kanuris un puesto concreto enfrente de los demás elementos de la población, pero todavía cabe eliminar de ellos algunas partes integrantes. En los kanuris encontramos primero á los descendientes de aquellos habitantes de Kanem que en los siglos trece y catorce invadieron triunfantes el Bornú y que á su vez representan una mezcla producida por muy distintas procedencias. Viene luego la tribu de color claro de los magomis que se extendió por todo el país formando pequeños distritos ó aldeas aisladas, y de cuyo seno salieron los antiguos reyes de Bornú. Afin á esta tribu es la de los ngalma dukkos, que dice descender de un hijo de un rey. Con estos conquistadores llegaron á este país tibbús de distintas ramas y una tribu de los dasas que se mantuvo estrechamente unida, estableciéndose especialmente en el distrito de Kojam, situado al Oeste y al Noroeste de Kuka. Los posteriores emigrantes tubús deben ser considerados como una tribu especial llegada á aquel territorio cuando ya lo habían conquistado sus compatriotas con quienes se unieron formando grandes comunidades, logrando aclimatar en aquel país el camello y llegando á ser agricultores sedentarios como tantos otros paisanos suyos que se dedicaron á la cría de caballos y de bueyes. Más

(1) El mismo nombre de kanuri no es bastante claro por lo que toca á su significación. La unión del prefijo substantivo *K* con la palabra *nur*, la luz, da el significado de «propagadores de la luz», es decir, del islamismo, y así explican muchos la palabra: otros la derivan de *Kanemri*, gente de Kanem, derivación que por lo que llevamos dicho resulta ser la más verosímil.

identificada con los kanuris está la tribu teda de los turas, oriunda de Tu ó Tibesti, que debió llegar á aquel país con los primeros emigrantes: «investigando detenidamente se encuentran sus fragmentos diseminados por el territorio de Bornú en tanta extensión, aunque no en tanto número, como los magomis;» pero como en ninguna parte forman una masa compacta, ni constituyen como los kojameses la población predominante de una provincia, apenas tienen conciencia de su remoto pasado y comparten el lenguaje y el género de vida con los demás elementos de los kanuris. También habríamos de mencionar á los tomagheras, tedas por su origen; pero en la orilla Este del lago Tsad acabaron por ser completamente kanembus. Muchas tribus de verdaderos kanembus desaparecieron absorbidas por el pueblo mixto de los kanuris; tal sucedió con los kuburis á quienes se considera de estirpe regia y se atribuyen relaciones de parentesco con los magomis, siendo posible que ejercieran una especie de soberanía en Kanem antes de la llegada de los emigrantes septentrionales: en su mayor parte permanecieron en Kanem y los que emigraron á Bornú están diseminados en pequeños grupos. Siguen después los ngallagas y los dibbiris.

Otros elementos kanuris produjo la mezcla de conquistadores é indígenas, predominando la influencia de los últimos. Los ngomas son los más numerosos y habitan casi exclusivamente un distrito, Ngomati, entre Ngornu y Dikoa; pero también se han descubierto algunos en el lejano Oeste y en el Sudoeste. El nombre y la tradición demuestran que un elemento de esta mezcla era de origen tibbí. Los kawas proceden también de los tibbús, como lo demuestra el hecho de existir una tribu del mismo nombre en el distrito de Kojam. Los ngazires representan más intensamente el elemento indígena: en pro de este aserto cita Nachtigal el hecho de no haber esa tribu intentado extenderse desde la vasta y muy poblada comarca que habita hacia las demás partes del reino. La provincia de Gudjeba en que principalmente viven es la comarca de Deia cuya población opuso á los conquistadores tan tenaz resistencia que constantemente ha sido sometida á la vigilancia y á la administración del *Kaigamma*, general en jefe y á la vez supremo funcionario del reino.

Estas son las partes integrantes que pueden todavía separarse dentro de los que hoy se denominan kanuris: lo abigarrado de su mezcla y de su origen explica por qué Rohlfis supone que habitaron diseminados en los territorios que se extienden hasta el Níger y hasta el Benúe, atribuyéndoles, por ejemplo, todas las aldeas que con el nombre de Berriberri ó Burriburri tanto abundan en este país. Burriburri de Gorube (Jakoba), por ejemplo, está exclusivamente habitada por kanuris que han conservado su idioma indígena. Pero no todos los conquistadores se han identificado con los kanuris; los árabes que con éstos llegaron á estos países y que forman un elemento importante de la población, no se fundieron con ellos hasta el punto de poderseles contar en el número de los mismos. Entre estos árabes, al parecer originarios del Sudán oriental, distínguese perfectamente los que desde antiguo son sedentarios (wassilis) y los que aparecen de cuando en cuando como mercaderes ó guerreros (choas). Los primeros elementos árabes penetraron en son de conquista en Bornú con los magomis, pero la mayoría emigró allí posteriormente, habiendo algunos que todavía muestran claramente su cohesión con las tribus sudanesas orientales. En general no prosperan tan bien en el ardiente y húmedo clima de Bornú como en los secos territorios del Sudán oriental cuando no se mezclan con indígenas, cosa que rara vez

acontece (1). La mayor ó menor posibilidad de separar de la masa de los kanuris á los distintos grupos no quiere decir que éstos se hayan conservado puros. Completamente iguales en lenguaje, en sistema de vida y en costumbres, sólo lo son allí donde pudieron extenderse por el país y mezclarse de una manera activa; algunos grupos mayores, gracias á vivir aislados de los demás, lograron conservar algunas de sus particularidades. Pero aunque por esta razón los kanuris no ostenten en punto á carácter físico una identidad tal que se les pueda designar como nación unitaria, á todos es común una mezcla más ó menos intensa con los elementos indígenas. Con razón dió que pensar á Nachtigal el hecho de que «el joven pueblo mestizo hubo de sufrir constantes y trascendentales influencias no sólo por la diferencia de clima y de otras condiciones de vida, sino también y muy principalmente por la sangre de las tribus indígenas sojuzgadas que se mezcló con la suya. Los vencidos proporcionaron á los conquistadores esclavas que fueron luego las madres de los hijos de éstos y cuyo número aumentaba prodigiosamente de día en día á consecuencia de los triunfos que obtenían las armas de los invasores. Y mientras el propio modo de ser perdía de generación en generación algo de su originaria naturaleza, la influencia extranjera iba constantemente en aumento.»

Nada tiene, pues, de extraño que este pueblo nos presente tanta diversidad de colores de piel, de figura y de configuración de rostro. Los signos distintivos del origen septentrional (libio-árabe) de los magomis han desaparecido por más que se encuentren de él reminiscencias en algunos individuos aislados cuyo origen no permite suponer en ellos una influencia posterior semítica ó berberisca. También el resto de las particularidades físicas de los tibbús, especialmente de los tedas, ha desaparecido en la mezcla general, lo propio que el modo de ser típico de los kanembus. De suerte que surgió una nueva raza que en conjunto muy poco se parece á los primitivos elementos, sin por ello haber conseguido un carácter uniforme. Desde el punto de vista físico la transformación no ha sido beneficiosa, pues los kanuris son por lo general un pueblo repugnante.

Los kanuris sólo hasta cierto punto consiguieron arrinconar ó asimilarse á los primitivos habitantes; pues los que resistieron tenazmente á los invasores, aun cuando fueron sojuzgados lograron conservar su fisonomía, su idioma y sus costumbres propias. De aquí que aun hoy en día formen, especialmente en las comarcas periféricas del Sud y del Oeste, poblaciones compactas que aunque reconocen la soberanía del sultán de Bornú, no están por completo sojuzgadas. No debemos, empero, suponer que esta capa étnica anterior á la inmigración de los tibbús que á los ojos del historiador abarca los primeros habitantes del país, sea completamente autóctona enfrente de los kanuris. Así se dice que los makaris y kotokos, hoy habitantes en la orilla meridional del lago Tsad, son emigrantes procedentes del Xari central que empujaron en parte y en parte absorbieron á los sos, anteriormente residentes en tales territorios; así también existen algunas razones para creer que los mangas del Noroeste del país emigraron allí procedentes de Kanem. Los sugurtis, una de las numerosas fracciones de los kanembus, que desde sus patrias residencias emigraron á la región bornuana de la orilla del lago, han sido recientemente desalojados de sus posesiones por los ataques de los tuaregs del Sudeste y por la opresora preponderancia de

(1) Véase el capítulo «Ojeada sobre el círculo de pueblos eritreos», pág. 198.